

ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS DONADOS POR ANGEL GON-
ZÁLEZ ARAÚZO.

16 de enero del 2001.

LA MODELO

Por J. MORENO VILLA

Somos cinco, seis, siete los reunidos en el cuarto de estudio. Cada uno tiene delante un caballete para el tablero y el papel. En cada mano derecha hay un lápiz, un carbón o una pluma. Hemos puesto unos papeles translúcidos en los cristales de la ventana para que los vecinos no atisben indebidamente. La función ritual es sólo para nosotros; los profanos no comprenden bien las posturas de los oficientes; ni la nuestra ni la de esa mujer que ahora va dejando caer sus vestiduras lentamente, con seriedad.

—¿Cómo me pongo? —pregunta ella.

—Inventa la postura; tú sabes, —decimos algunas veces. Otras declaramos que nos gustaría tal escorzo o tal inclinación.

—Así, así.

Un silencio absoluto domina en la sala desde entonces. Las manos y los ojos trabajan con calma o con celeridad, según el espíritu del dibujante. La modelo se ha convertido en estatua; ha perdido su libertad de movimientos; no le queda más que el latido de la sangre, el ritmo de la respiración y el juego de la imaginación, si la tiene.

En nosotros también hubo una pérdida de personalidad. Se diría que somos menos hombres. No queda rastro del apetito carnal en esta hora de concentración, de estudio. No pensamos en nada que esté fuera de la tarea de captar la forma y fijarla en el papel. Abstraemos, relacionamos, proporcionamos. Ante nosotros no hay más que un objeto inmóvil y grande que hemos de reproducir en pequeño por medio de rayas y tonalidades.

¿Dónde quedan nuestras preocupaciones? ¿Dónde la guerra, la situación humana, el disgusto familiar, la enfermedad, el agobio económico?

Desligados de todo lo que no sea recibir los impactos del objeto y traducirlos plásticamente, nos olvidamos incluso del tiempo. Únicamente la terminación del apunte o un dolorcillo físico en la espalda, de estar inclinado sobre el tablero, nos devuelve a la realidad total del cuarto. Y entonces caemos en la cuenta de que la modelo lleva tantos minutos sin moverse, y de que a ella también le dolerá la espalda o se le habrá dormido una pierna.

La que fue durante cuarenta minutos estatua, la que fue simple objeto inmóvil, recobra su animalidad; a veces se mueve como un reptil. Pero no se queja. Durante el breve descanso, nosotros seguimos atados o retenidos por lo que fuimos trazando en la hoja de papel. Desaparecida ya la postura de la modelo, nuestros ojos no tienen que confrontar nada, sino considerar el dibujo en sí; analizarlo; ver si tiene valor por sí mismo, si flaquea por algún lado. Seguimos con el espíritu preso por la obra.

Es posible que alguno se recobre totalmente en este descanso. Y es posible que se entregue a ciertas consideraciones de orden humano, por ejemplo:

Esta muchacha se enfrenta con cinco, seis, siete hombres. ¿Cómo nació en ella la idea de ser modelo? ¿Se sintió segura de su belleza? Hoy no revela coquetería ni entusiasmo por su oficio. Posa, lisa y llanamente, como si estuviese sola en el cuarto de baño. No parece que se ha hecho rica; su vestidito y su fondo están rozados y agujereados. Tampoco parece que le interese mucho la pulcritud. ¿Qué piensa de los que la estudian? Nunca muestra deseos de conocer las interpretaciones que hacemos de su cuerpo.

Todo hace pensar que en ella se da el mismo fenómeno que en nosotros, a saber: cierta inhibición, por considerarnos recíprocamente meros objetos y factores de trabajo; gente que deja de ser gente para convertirse en agentes. En puros hacedores de algo. Nosotros hacemos un pie, una espalda, o una figura entera en actitud desesperada; ella hace de estatua. Nosotros estamos tan separados momentáneamente de la realidad carnal de la modelo como lo está el naturalista de la hoja o del insecto que mira en el microscopio. Y ella está separada de nosotros en cuanto hombres porque se da cuenta de que miramos con otros ojos que los del recreo sensual; con miradas analíticas, duras, rapaces, científicas.

No se niega con esto que entre dibujantes y modelos pueda saltar la chispa del interés carnal. Pero eso no caracteriza a la modelo ni al dibujante.

HABANA MULATA Y SIN ERRE

Por J. MORENO VILLA

HE puesto los ojos en Cuba por vez primera, y esto después de absoluta dedicación a México durante trece años. Pero no son únicamente los ojos los que vuelven cargados de enseñanzas o confirmaciones de sospechas, sino también los oídos y el paladar.

Qué mundo tan diferente del mexicano, siendo vecino. El mar, el mar es una frontera que impone el salto. Barcos y aviones tratan de unir, pero el mar se resiste. Cuba es Cuba, pese a los yanquis, como México es México, pese a los mismos.

Cuando diviso desde el avión el primer pedazo de tierra de la angosta y larga isla, me brota el deseo de plantar un caballete en la nube más próxima y captar el verde precioso y sin nombre que bordea tanta sinuosa pedacera terrestre.

No he parado en Mérida, donde ya huele y suena a Cuba un poco. Paso directamente de la severidad cortés de México al desenfado suave y sonriente de Cuba, de La Habana. Del país, de la ese especial y fina como aire de altura, al país sin erre, que hace papilla un lenguaje tan huecudo como el castellano.

En La Habana, he podido oír esto: "Limonas como amiba", pregón callejero que quería decir: limones como almíbar; y esto otro: "Chico, dame l'aleta", que desconfiado significa: "chico, dame el periódico. 'Alerta'".

A las cinco horas de abordar el avión tiritando, sudo en La Habana como un botijo. Verdad que en Cuernavaca, a una hora y pico de México, D. F., se suda también, pero el sudor en La Habana se orea con brisas marinas, griterío y luminosas sonrisas; no es un sudor a palo seco. La diferencia es compleja; se compone de muchas pequeñas y simultáneas diferencias.

Un amigo de las afirmaciones rotundas diría: "El ser humano que suda, es más alegre que el ser humano que se congela". Pero yo desconfío de las generalizaciones por lo baratas y abundantes que son hoy en el terreno literario y filosófico. Es cierto que en Europa, los pueblos próximos al Ecuador son más alegres y extravertidos que los nórdicos, pero este fenómeno geográfico racial, no se repite en América. Aquí no se puede afirmar que en el paralelo 20 hay pueblos más alegres que en el 30, porque Cuba y México vienen a estar a la misma altura, en pleno trópico, y difieren totalmente en alegría vital.

La alegría del cubano es tal, que le hace decir: "Aquí, con seriedad no se camina". Afirmación que tampoco creo del todo, pero que nos orienta.

El cubano se jacta de vivir en perpetuo relajo, y se ríe de su informalidad. Parece que no toma en serio ni siquiera el modo de expresarse. Yo no le entiendo, y nací en Andalucía, donde también se habla con desgana y prisa. Es posible que los cubanos no se entiendan totalmente entre sí al hablar, y que así puedan excusarse ante cualquiera reclamación, diciendo: "Pues, chico, no te entendí".

Este castellano licuado, pasado por la licuadora como las frutas perfumadas que se llaman guanábana, fruta bomba, etc., se empareja con el sudor, la alegría de la brisa y la rumba; ya que ésta es también un baile licuado. El negrito cubano, y sobre todo la mulata de Cuba, no deben parecerse al negrito y la mulata que viven en el corazón del Africa. De esto no sé, pero un músico erudito me dice que la canción cubana se distingue, porque agrega a lo fundamental y serio de lo ñañigo, un estribillo que es rumba. Si esto es verdad, tendríamos el mismo caso que en España, donde hasta en el coro vemos rematar un canto litúrgico con cadencias gitanas, cubanas o de zarzuela.

No cabe duda de que Cuba y Andalucía se parecen, pero yo, andaluz, noto en el ambiente retozón de la isla, ciertas notas de languidez y cabriola que atribuyo al viento del Caribe y a la pulpa de ciertos frutos tropicales. ¿Qué diría a esto mi sabio amigo don Fernando Ortiz, que tiene todo un libro dedicado al huracán?

Viento, que tan pronto es brisa como huracán y ciclón, riman perfectamente con esa blandunguería elástica que podemos ver en el cubano, con esa languidez suave que de repente es encrespa, retuerce y salta.

Cuba no es esa isla de paz que sueñan los poetas como ideal retiro, sino plataforma ruidosa y movida. La Habana hierve en gritos y estridencias de tranvías, autos y altavoces, que informan de las peripecias del juego de pelota. La pelota y la política local —pero sobre todo la pelota— tienen en pie a la gente en las plazas públicas, hasta horas avanzadas de la noche. Y esa gente erguida y sacudida por la emoción, apuesta y estalla en gritos a cada tanto.

ACTUAR Y SALIR CON GLORIA

Por J. MORENO VILLA

Un aspecto hay en la retirada de Arruza que probablemente no ocupará la atención de los revisteros y cronistas de toros: La hermosura que resplandece en toda labor cuando ésta se ejecuta y remata con seguridad y limpieza.

El toreo, como labor que es, puede disfrutar de ese premio; pero consideremos que no es labor solamente, sino faena, brega. No es un trabajo simple, sino compuesto. Compuesto de arte y de peligro. Bregar es luchar con un enemigo que pone en peligro nuestra vida. Hacer que esta lucha resulte labor ponderada y grácil; hacer que el patetismo se convierta en grito de júbilo es el milagro y la hermosura del arte torero.

Arruza, como muchos otros matadores y banderilleros famosos, ha rematado faenas perfectas en los ruedos muchas tardes; ha conseguido arrancar ese grito de liberación que dan millares de pechos al salir de la angustia; pero mi meditación no quiere detenerse ahora en estos pormenores, sino en el conjunto de su carrera, en el trazo que dibuja en la historia.

Estamos acostumbrados a ver toreros buenos, magníficos, que por H. o por B., no saben salir airoso de su vida profesional, quieren prolongarla indebidamente y se arrastran por los ruedos con facultades lastimosas ya, mendigando aplausos y recibiendo almohadillas. Un ejemplo de relieve fue el "Divino Calvo".

La vida profesional de toreros así se desdibuja, pierde belleza plástica. En conjunto resulta un espectáculo lamentable. Y el conjunto es lo que me interesa considerar ahora.

La vida torera de Arruza es rápida, breve y segura, como corresponde a su mote. Pasa como un ciclón. Hace un dibujo en el cielo durante unos pocos años, y ahí queda el dibujo esculpido, grabado, seguro, límpido, sin titubeos.

Ha hecho "su vida" en ese breve espacio temporal. Lo cual quiere decir que ha ganado el suficiente dinero para vivir el resto de su existencia.

Esto es lo maravilloso, lo que encandila a tanto jovencuelo que ve en el toreo el modo de hacer fortuna rápida, con peligro, pero sin fatigas de estudios espirituales, sin quebraderos de cabeza ni sometimientos enojosos a empresas industriales o amos de negocios. Fortuna ganada con libertad, personalmente, gracias al esfuerzo y el arrojo individual.

Únicamente los políticos o los jugadores de bolsa pueden alcanzar lo mismo en el mismo tiempo. Pero sin gloria. Casi todos tienen que salir de su brega con la cabeza baja y un tiznón en la espalda. La marca.

Actuar a fondo, bregar a conciencia, con honradez y severidad, cumpliendo aunque el bicho no se preste, rizar el rizo en el límite del espacio, donde no queda aire para respirar, y salir con gloria, eso es lo de Arruza. Y eso fue lo de Manolete; solo con la diferencia de que su salida fue trágica. Lo cual nos dice que en el toreo, aparte de la maestría, de la inteligencia y las facultades, existe el factor "fortuna". Que un ligero desvío de la trayectoria, en el toro o en el torero, ocasionada por lo insospechado, cambia el triunfo en muerte.

Para conseguir ese dibujo tan perfecto en el cielo de la torería, Arruza ha debido contar además con una gran dosis de inteligencia. Lo ha demostrado incluso en sus sobrias declaraciones a los revisteros. Declara irse porque sí; no se queja de nada; dice que no sentirá nostalgia; no toca una sola nota sensible. Acaso piense allá, muy adentro, que no es posible seguir toreando en los terrenos que él mismo impuso; y que tampoco es posible pedir más de lo que se paga hoy a los toreros. Y tales razones calladas, también indicarían inteligencia.

Breve y segura actuación, (descontando los años de aprendizaje, los balbuceos toreriles); corta y honda brega con la inerte para conocer los bichos y dominarlos (su codo a codo con Manolete durante más de un año debió servirle mucho); convencimiento de que el toreo es cosa seria y digna; todo esto hace que su paso por la historia del toreo sea un espectáculo ejemplar.

LOS JUEGOS Y LOS TRABAJOS

PARES O NONES

Por JOSE MORENO VILLA

Una señora me dice: "Escriba usted más sobre los juegos".

Un señor me dice: "No ha mirado usted todavía los juegos desde su aspecto histórico".

Señora, señor, todo se andará, si el palo no se quiebra; pero no ha de extrañarles que en esta serie —que en realidad responde a la vida— los trabajos abundan más que los juegos. Y entiendo aquí por trabajo las dificultades, las penalidades, todo aquello que hay que vencer en la existencia; en el mismo sentido que la usó Cervantes cuando tituló a uno de sus libros "Los trabajos de Persiles y Segismunda". Porque hay trabajos concretos, perfectamente definidos, y trabajos insospechados, que le caen a uno de improviso y es necesario vencer o resolver. Lo mismo ocurre con los juegos, que al fin y al cabo son la otra cara de la vida, no sé si la de los pares o la de los nones.

No voy a describir lo que sea este juego antiquísimo y universal. ¿Quién no ha cerrado el puño conteniendo unos anises, o unos frijoles y le ha propuesto al adversario que adivine si la cantidad encerrada es par o impar?

Deseando contentar al señor del apetito historicista diré que, espigando en el famoso y rarísimo libro de Rodrigo Caro (cuyo centenario podríamos solemnizar justo ahora, pues murió en el año de 1647), "Días geniales y lúdicos" cualquiera puede enterarse de que los romanos jugaban, a "par o impar"; pero que no es menos latina nuestra designación, puesto que viene de preguntar: "¿Par est?" y contestar: "Non est". De juntar la pregunta y la respuesta tenemos el "Pares y nones".

El libro de Rodrigo Caro no es ameno ni de gran interés. Fastidia por lo enfático y pretencioso. Es de un retoricismo pedante que, después de escribir Baroja, nadie resiste ya. No se le puede negar, sin embargo, el mérito de responder al afán humanístico de la curiosidad por el pasado clásico.

El bueno de Caro, trató de buscar los antecedentes griegos y romanos de los juegos que veía en los sevillanitos de su tiempo. Y es curioso notar que se justifica ante sus amigos diciendo, por ejemplo: "Ovidio, gran investigador de fiestas y ceremonias antiguas..." Es decir, se apoyaba en antecedentes clásicos para que los serios majaderos no le inculpasen de frívolo. ¡Cualquiera sabe a la postre qué es lo serio y lo frívolo en esta confusa vida! A ratos me parece más serio Arniches que Ortega y Gasset, y siempre me divierte más Nietzsche que Muñoz Seca. Entendiendo por serio en un escritor la capacidad de penetrar en la esencia de un pueblo en una época determinada y de saber presentar con atractivo lo que pesca en ese buceo racial.

Arniches y Ortega, como cada hijo de vecino bien intencionado, juegan a pares y nones, y unas veces aciertan y otras no. Yo no digo con esto que la obra literaria o interpretativa sea cosa de azar, pero sí que el acierto profundo depende de muchos factores y no siempre claros ni definibles. En un poema no terminado, digo:

"La verdad está quieta en todas partes, y nadie tiene la verdad".

Creo firmemente que si mis contemporáneos admitiesen esto que digo cantando, no tendrían dividido el mundo. Es muy posible que a tal conclusión no se llegue sino en la vejez, o lo que es lo mismo, por flaqueza; pero, también es posible que brote por un sentimiento de humildad, por un conocimiento ó conciencia de la mezquindad humana. Mezquindad para alcanzar las verdades últimas, desde luego, porque en otros aspectos, el hombre resulta enormemente grande y glorioso.

Jugar a pares y nones con el destino humano es lo que me parece canallero e inadmisibles. Y más si se tiene en cuenta que en este juego, como en casi todos, caben trampas; y que el poseedor de los frijoles o los anises, si oye que el contrario dice "pares", puede quitar uno con la otra mano y presentar "impares". ¿Cómo es LA VERDAD DE VERDAD de los jugadores internacionales? Ahí está la cosa.

SALTAR LA HOGUERA

Es tradicional en España el formar grandes hogueras la noche de San Juan. Hogueras grandes donde se queman los trastos viejos de las casas, las sillas rotas, patas de mesas, puertas de muebles inservibles. En los pueblos son imponentes; las llamas alcanzan grandes alturas y el ver a los chicos y mozos saltar por ellas sobrecoge.

Rodrigo Caro, en el citado libro, relaciona este juego con el rito arcaico de la purificación por el fuego; en el fondo un símbolo de sacrificio. Y dice lo siguiente:

"Aún duró mucho tiempo esta persuasión general de que el fuego purgaba y limpiaba las cosas polutas y manchadas, y quedó el uso en los muchachos, de que hay un raro ejemplo en el libro VII. cap. XVI de la "Historia Tripartita": Estaban jugando unos muchachos en una plaza a la pelota; pasó acaso por allí Lucio, obispo arriano; sucedió que la pelota, mal sacada o mal rechazada, pasó por entre los pies de la cabalgadura en que iba el obispo arriano; viendo esto los muchachos católicos, dieron grandísimos gritos, juzgando su pelota por manchada con sólo la sombra del hereje; oyendo el obispo los gritos de los muchachos, mandó a uno de los que le seguían que se quedase y viese lo que hacían. Los muchachos encendieron una hoguera y pasaron la pelota por medio de la llama, juzgando que de aquella manera quedaba limpia; y ésta, dice el autor, que era costumbre de muchachos, reliquia de la antigüedad".

Sobre las fiestas del día de San Juan hay muchas canciones y romances. Con su fecha entra el verano. San Juan (24 de Junio), acorta, y el Niño (25 de Diciembre) alarga.

Lástima que la hoguera de San Juan, por lo que tiene de purificación, nos traiga a la memoria las piras de Hitler, donde ardieron tantos libros y otras piras de que no quiero acordarme.

LA HABANA

LIMPIA Y BLANCA COMO UN ALCATRAZ

Por J. MORENO VILLA

LIMPIEZA en las calles, limpieza en las habitaciones y en las personas. Alegría de estar limpios y de moverse en la limpieza. Hasta las banderas del puerto flotan con más alegría. Y la brisa que las mueve penetra gozosa en las faldas de las mujeres y en las blancas guayaberas de los hombres.

En La Habana no hay mosquitos ni pulgas. El habanero no tiene que rascarse ni que atufar el cuarto con dedeté. Puede dormir sin mosquitero y sin pijama. Entregarse al sueño con absoluta confianza.

Puede ocurrir, sin embargo, pero esto fué lejos de La Habana, en una finca llamada "Villa Gloria" junto al pueblo Santa Catalina de Güines. En una hacienda tropical ciento por ciento. Allí, al dormirme, cuando ya me desligaba de este mundo llamado de la realidad, se me aplastó una rana contra la oreja. Venganzas o bromas del trópico.

Pero en la capital no ocurren estas cosas. Si entramos en un bodegón porteño, o en una tasca de baja estofa, saldrá la inevitable cucaracha, la misma que vimos en un restaurante postinero de Nueva York; esto no cuenta. La ciudad es limpia y clara como aquella tacita de plata que se llama Cádiz, en la irredenta España.

Y las mujeres... No hay más que apostarse en aquel sitio estratégico conocido por la "esquina del pecado", en plena Calle de San Rafael, para ver caras limpias, vestidos limpios y percibir el ratro perfumado, la estela oxigenada que dejan.

Limpieza y tren; mucho tren, que diría el poeta afrocubano.

Los caracteres de un país se van adquiriendo poco a poco al través de los cinco sentidos. Luego vendrá la síntesis, que es operación de la inteligencia. Lo primero es ver, oír, oler, gustar y tocar. Y se puede decir sin temor a equivocarse que La Habana se ve limpia, huele a limpia, y es blanca. A pesar de los mulatos y los negros. Se ve su blancura desde la Loma del Mazo, en su extensión panorámica, lo mismo que desde el malecón, o por el Paseo del Prado.

En esta blancura, yo esperaba una ciudad de edificios endeblés o finos, fueran coloniales o modernos; pero me encontré con lo contrario. Las construcciones de la colonia son fuertes, y los Centros gallego y asturiano son bloques poderosos en el Parque Central. Hermosos materialmente, aunque uno de ellos sobrecargado de esculturas y desprovisto de carácter hispano.

Abundan en la ciudad las esculturas blancas, de purísimo Carrara, muchas de ellas erigidas en memoria de poetas matados.

El aperitivo más sabroso —el Daikiri— es blanco. Lo compone como nadie un santanderino en "La Floridita". Pero no se le queda atrás el del Yaht-Club, espléndido palacio blanco a orillas del mar azul, limpio como el altar de los ángeles.

He comido en veinticinco restaurantes diversos. Todos invitaban con la blancura tersa e immaculada de sus manteles, que gusto palpar extendiendo levemente sobre ellos las palmas de las manos. El primero fué "El tem-

plete". ¡Qué cangrejos moros! Los cuatro primeros días no probé comida de carne; sólo mariscos y pargo. La sensualidad cubana salta a los ojos en cada cosa y en cualquier momento, resultando México desde La Habana un mucho austero y severo.

Antes de emprender este viaje me dijo un alemán: La Habana es Viena, y México, Berlín. Sin duda pensaba en la Viena de antaño, musical y refinadamente frívola, en contraste con el arrogante y serio Berlín. Pero la comparación es valedera por aproximación únicamente. Los que confunden la comparación con la igualdad no entienden de poesía, y en las tertulias arman discusiones increíbles e interminables.

La bandera de Cuba es blanca y azul; la blancura de la sábana y el azul del cielo. La bandera de México es más complicada de color. Tiene blanco nupcial y rojo —que también puede aludir a nupcias— pero en vez del alegre azul celeste ha preferido el serio verde que habla de tierra, de selvas y bosques profundos.

Yo me he sentido apegado a México de una manera intensa y definitiva al regreso. Los viajes suelen servir de depurativos morales. En la lejanía se yergue y clama lo que en la cercanía se amodorra y permanece enmudecido. La blancura, la alegría celeste flotan en Cuba, pero mis cariños son mexicanos. Algo, mucho me afianza a este suelo encontrado sin pedirlo. Y que Cuba me perdone un desahogo tan explicable. Ella me recuerda mi primera patria, pero por eso mismo está más lejos de mi hoy que ésta, segunda.

LOS JUEGOS Y LOS TRABAJOS

"Camp Ruiné", Quinta Columna

Por JOSE MORENO VILLA

Hablando de juegos con una mujer educada en Bélgica, supe de uno que allí se llama "Camp-ruiné", Campo arruinado. Creo que en el mundo hispánico es desconocido, y como su interés psicológico lo considero de primer orden, trataré de explicarlo.

Se juega con una pelota de mano. Hay dos equipos y dos capitanes. Estos se encargan de distribuir bien sus fuerzas en sus campos respectivos, espaciándolas convenientemente. Se sortea el saque, y quien saca tratará de arrojar la pelota con la mayor malicia, lo más difícilmente, para que no la capten los del partido contrario. Si no la captan, se recoge del suelo y se avienta; pero si la capta uno de los jugadores, este pasa inmediatamente al bando contrario con la misión de impedir por todos los medios que alguno de ese equino contrario la capte o "cache". Puede recurrir a los empujones, los codazos y las zancadillas. Su misión, pues, no es otra que la del "quinta-columnista", esto es, de trabajar por su partido entre las fuerzas contrarias; con la gran diferencia, sin embargo, de luchar descaradamente. Siempre en los juegos hay mayor limpieza, más nobleza.

Este quinta-columnista cumple bien su misión; ha impedido que la pelota sea captada; esta es aventada de nuevo sobre los contrarios; la cacha uno de ellos, y el que la cacha pasa como el primero a unirse con él y engrosar de este modo las fuerzas del quinta-columnista. Hasta que dominan y ganan el juego.

¿Es, o no es interesante la cosa? Resulta que en este deporte infantil está la maquiavélica traza que los hombres esgrimen sin entraña (aunque por ideales) en esta época fatal, desbocada, que nos ha tocado vivir.

¿De cuándo data el juego? ¿Es anterior a la primera guerra mundial? Porque los chicos sacan

sus juegos de los graves juegos de los mayores. Durante los primeros meses de la revolución española, me impresionaba ver a los niños jugando a "dar el paseo".

¡TU LA LLEVAS!

El juego de "La lleva" es muy popular en España. Es juego de niños. De repente dice uno: "Tú la llevas", dándole una palmada en la espalda o en el hombro y echando a correr. Todos huyen del tocado como si llevase la peste. Todos se aprestan a burlar sus acometidas con regateos y recortes.

El que la lleva, una vez repuesto de la sorpresa, se dispone a soltarla sobre otro; a soltar esa cosa inconcreta que lleva, esa ligera palmada que alude a no se sabe qué. Se balancea sobre las piernas, hace flexión y se dispara sobre éste, que le burla, sobre el otro que le quiebra con alarde torero. Estuvo a punto de tocarle a uno en la cabeza, pero la agachó. Le faltaron tres centímetros para rozarle el codo a otro. Todos se le escapan. El infeliz dichoso se siente torillo rodeado de peones. Comienza a brotarle el sudor. Está jadeante, pero no cesa. Mira y mira en todas direcciones. Sus ojos ven con el rabillo y nota que se la va acercando uno por detrás como para jactarse de su osadía. Lo deja acercarse y, de repente, gira y le pega gritando: "Tú la llevas".

A esto se reduce el juego. No tiene complicación.

Sin embargo, es posible que la tenga para nosotros. Nosotros lo complicamos todo. Estamos hechos de preguntas, y todo aspecto de la vida nos arranca una o varias.

¿En qué se inspiró este juego? Sobre el hombre cae de pronto una desgracia; vamos a suponer que una afrenta. Le tocó el infortunio. Y este hombre tiene

que reaccionar de algún modo. ¿Cómo? ¿Haciendo recaer esa afrenta sobre otro? Es evidente que ha de descargarse de ella.

El hombre puede obrar con rapidez o con parsimonia, según las circunstancias. Si el ofensor está presente y el ultraje le abochorna, lo devolverá de un modo contundente; si está lejos, buscará la manera de tocarle en lo moral o lo físico. La cosa es tocarle a quien le tocó; poder decir: "Tú, la llevas!"

LA CUCANA

Este es un juego para mayores. Lo he visto practicar en los puertos. En concursos.

La Cucaña no es más que un palo grande, como poste de teléfono, que se cubre de sebo o de otra materia escurridiza para que se resbale quien pretenda subir por él o recorrerlo. En los barcos puede servir de cucaña el palo horizontal de la proa, llamado bauprés, o uno de los mástiles, que son verticales. Por estos se sube, o pretende subir, gateando. Por el horizontal se pretende caminar como por la cuerda floja. En ambos casos, el premio lo gana quien alcance la banderita colocada al extremo.

Gran espectáculo popular este de la cucaña. La gente goza viendo titubear al hombre, defender su equilibrio y caer al fin sobre las aguas entre contorsiones inverosímiles. Esto, cuando se trata de la cucaña horizontal; que ante la otra ríe por ver los vanos esfuerzos del que gatea.

En el diccionario podemos ver que existe el abjetivo "cucañero", y su definición: "Dícese del que sabe conseguir las cosas con poco trabajo".

¿Es exacta esta definición? A mí me parece sumamente trabajoso escalar o recorrer un palo enebado.

Pero también es cierto que muchos políticos lo suben o lo recorren con extrema facilidad.

F. 2281

Calle 21 entre N 70. edificio de ladrillo
detrás del Hotel Nacional
rito planta baja
Junco, Sastre y Dominguez

Con el poeta español

JOSE MORENO VILLA

«El poeta se debe a su tierra», dice. Los rumbos de su poesía. El escritor expatriado. La poesía como compromiso y combate. Actividades y proyectos

Siempre es grato conocer personalmente a un poeta, a los poetas, porque tal parece que con el contacto directo sentimos en mayor cercanía su obra, que vemos refulgir en sus gestos, en sus miradas, en las variaciones de su voz, aquella llama íntima, escondida, que sólo adquiere ligera resonancia en el papel, en el libro. Con José Moreno Villa, el gran



MORENO VILLA

poeta español huésped de nuestra ciudad desde hace algunos días, pudimos ratificar estos pensamientos, hallar confirmación a las palabras anteriores.

En las letras españolas contemporáneas Moreno Villa representa el vínculo entre la generación del 98 y los poetas posteriores al «ultraísmo» como Alberti, Lorca, Salinas, etc. Con él nace, según expresión de Ortega, la «poesía pura» en España. Andalúz, de Málaga, Moreno Villa llevó a la poesía un anticipo de las abstracciones en que concluirían los movimientos renovadores de la primera «post-guerra», muy distinto carácter al que es propio y distintivo de la poesía del sur de la Península, de gran color y vivacidad.

Distintas obras, en prosa y verso, lleva publicadas Moreno Villa desde su inicial «Garba» en 1913. Después «El Pasajero», «Evoluciones», «Florilegio», «Jacinta la pelirroja» y otras muchas. Gracias a su traducción podemos conocer en nuestra lengua «Los conceptos fundamentales de la historia del Arte» de Wolfflin. Sus estudios sobre historia del arte son notables, particularmente los que ha dedicado a la pintura y la escultura

mexicanas. Ha efectuado, además, ediciones de Juan de Valdés, Espronceda y Lope de Rueda.

Pero, vayamos a oír al poeta y al pintor ilustre. Escuchemos sus palabras. Primeramente, deseamos conocer qué rumbos y propósitos le trajeron a nuestra isla. Y el poeta en trance de ser entrevistado contesta:

—Desde hacía tiempo quería venir a Cuba. En cierta ocasión llegué hasta Mérida, mas, habiendo caído enfermo, regresé de nuevo a la capital de México. Ahora, con motivo del viaje de unos amigos, decidí acompañarles, ya que no quería perder esta oportunidad de conocer a La Habana.

—Y ¿qué impresión tiene de nuestra capital, qué le ha parecido?

—Es muy difícil expresar al momento mis impresiones, ya que es necesario rumiarlas, dejar que vayan sedimentándose un poco. Sólo puedo decirle que al llegar a La Habana pensé: «aquí estoy en un lugar muy parecido a mi tierra andaluza». Aquí encuentro similar movilidad en las gentes, un mismo ambiente, un bullicio, un ruido que me recuerda mucho las ciudades andaluzas.

—Podría usted decirnos ¿cuáles son sus proyectos actuales, qué libros tiene en preparación? (Por un momento queda el poeta en silencio, parece como que hace recuento de sus actividades.) Y contesta con animación.

—En el «Colegio de México» estoy realizando investigaciones sobre los poetas clásicos españoles. Actualmente tengo en preparación un libro que con toda seguridad aparecerá a mediados del año próximo. Lo he titulado «Revelaciones y demostraciones». «Revelaciones» sobre algunos poetas contemporáneos míos de los cuales doy impresiones muy personales. «Demostraciones» acerca de los poetas clásicos a los cuales estudio en forma erudita. Al mismo tiempo la Editorial Losada está próxima a publicar una antología de mis poemas con el título «La música que llevaba», tomado de un verso de San Juan de la Cruz.

—¿Aquí, en La Habana, dará usted alguna conferencia?

—Creo que haré en el «Lyceum» una lectura de mis poemas inéditos y, quizás, dicte alguna conferencia sobre Manuel y Antonio Machado. Tal vez en algún otro sitio lea otra sobre la «línea de intimidad en Tirso de Molina».

José Moreno Villa se muestra jovial, contento de estar en nuestra ciudad; a ratos queda, sin embargo, en silencio, en una reconcentrada reserva. Le hablo de ese proverbial carácter andalúz tan difundido, aunque en ocasiones se hallan excepciones notables. Me cuenta entonces una anécdota de García Lorca, quien representaba muy bien aquel temperamento extravertido, típico del meri-

dional. Federico, a continuación de muchos abrazos y risas repetidas, le decía: «Con usted, Moreno Villa, tengo que hacer amistad cada día, le tengo que conquistar diariamente...»

Ya en la vía de los recuerdos narra el poeta cómo, en 1937, en plena guerra civil, el gobierno español le envió a los Estados Unidos en misión oficial. Poco después era trasladado a México, donde ha permanecido desde entonces. Allí casó y allí ha realizado grandes investigaciones acerca del arte mexicano. Más de once obras lleva publicadas en México.

«Comencé mi labor poética con cierto sello barroco, pero poco a poco me he dirigido, he dirigido mis versos hacia una mayor sencillez y claridad», nos dice el poeta cuando le interrogamos por los rumbos de su poesía. Y añade: «La poesía en mí se va realizando a virtud de estados de ánimo, de circunstancias de las cuales yo doy testimonio; el imperativo de claridad que me he impuesto proviene de una necesidad de comunicación, acaso por el ejercicio periodístico al cual me he dedicado en los últimos años».

«La juventud es siempre pedante, quiere siempre renovar y cambiar. Voy evolucionando cada día hacia la mayor claridad, pues no puedo hacer ya versos oscuros, construir crucigramas. Sencillez, claridad, comunicación fueron siempre aspiraciones de los clásicos. Platón es fácilmente comprendido por todos».

—¿Qué piensa usted sobre la poesía de compromiso, sobre esa literatura de propaganda o combate?

—Nada más alejado de mí que esa literatura política. Nunca podría escribir según fórmulas políticas, según direcciones impuestas. No quiere decir esto que no esté vivamente preocupado por los problemas del mundo, de mi tiempo. El escritor como yo, fuera de escuelas y tendencias, va formando su obra. Aunque viva angustiado por el destino de mi tiempo y de mi patria, no por eso, a la hora de escribir, tengo que seguir, comprometer mi obra, en otras

actividades que nada tienen que ver con la patria.

—¿Qué nos podría decir usted sobre el importantísimo problema que representa para un escritor tener que vivir expatriado? (La pregunta llega vivamente a lo más íntimo del poeta. Honda emoción le produce.) Y rápidamente contesta:

—El escritor se debe a su tierra, surge de ella. He hecho cuanto he podido para fundirme con el ambiente en que vivo, he estudiado con tesón y esmero la pintura y la escultura de México; pero me siento desarraigado, quebrados los vínculos con mi patria, sin conseguir arraigar en el país mexicano.

Y sin pausa alguna, prosigue:

—En mi obra se nota esta necesidad de patria indispensable, ese recuerdo y esa raíz que no olvido. Ve usted un ejemplo en este po de mi libro «Puerta severa».

Y el poeta, con voz queda pero me, va leyendo lentamente estos

«Yace tu tierra más allá del agua
Nunca tus ojos volverán a verla
Esa tu tierra—te dirán—es de p
como todas las patrias del mundo
Pero, no. Tu tierra es la fórmula
archicompleta de tu ser. Eres tú
Eres tú quien quedó más allá de
Nunca más te verás. (a)
Y no viéndote, no sabrás decir.
Y, quien no dice es como l
(mue

Nos despedimos de José Moreno Villa, poeta y español. Sus versos «Puerta severa» van resonando en nuestro interior. Van buscando propicio estas palabras que son tigos transparentes de una de graves cuestiones de nuestro po. Surgido, brotado de la tierra, poeta encuentra en ella tema y toda su obra es como una presencia sonora de su patria. Sin desposeídos, van por el mundo cando asidero, substancia, que allí, en ella, la distante podrá contrar.

La Vida Fin de Siglo

Por J. MORENO VILLA

La vida despreocupada de fines del siglo XIX se extendió hasta el año catorce de este siglo nuestro, que si no se corrige va a caracterizarse en la historia por lo contrario, es decir, por una vida harto preocupada.

Cuando terminó el siglo yo tenía trece años. De esos años infantiles conservo bastantes recuerdos y sobre todo una especie de sensación cutánea producida por el ambiente social de entonces. Sensación muy compleja para ser presentada en pocas líneas.

Con el nuevo siglo se fue borrando poco a poco aquel ambiente, siendo sustituido por otro de política más apremiante o exigente y por una intensa labor de crítica intelectual.

Del "Madrid Cómico", Echegaray, Sagasta, Campoamor, "El Género Chico", Guerrita y Mazantini, pasamos a la revista "España", Jacinto Benavente, Pablo Iglesias (apóstol del Socialismo), Juan Ramón (en su estupenda fase ultrarromántica), una tanda de bailaoras y tonadilleras de gran carácter y los toreros Belmonte y Joselito.

La vida se fue poniendo seria, aunque el pueblo no perdía su sentido de la guasa. Recuerdo que una noche, en un teatrillo de Variedades de la calle de Alcalá, ante un movimiento de salacidad provocado en el público por la sicalipsis de la Chelito, salió una voz gritando con voz de bajo: "Señores, ¿y la Cultura?"

La Cultura —con K, mejor que con C, muy a la alemana— lo invadía todo. Filosofaban hasta los toreros, Belmonte, con don Ramón del Valle Inclán y Ramón Pérez de Ayala; Sánchez Mejías con los literatos de la generación Lorca y Alberti.

La filosofía fue minando a la literatura. El influjo de Baroja con su anarquismo mental, de Unamuno con su "inquietismo" y de Ortega con su "talentismo" brillante (porque no sé calificarle mejor), fue operando incluso en aquellos escritores que habían nacido para lucir en palenques menos sabihondos.

Al repasar estos tiempos y las enormes tragedias universales sobrevenidas desde el 1936 —que empezó con la nuestra en España—, agradezco a la suerte el haber conocido aquella época despreocupada del siglo XIX y comienzos del XX. A ella le debo el que me vaya asomando la veta de tolerancia amena en la vejez. No es que reniegue de los años centrales de mi vida, pasada entre intelectuales, pero, francamente, la literatura intelectualista que llena hoy las revistas y hasta los periódicos, me infunden cierto pavor. El embrollo y la oscuridad predominan lo mismo en el verso que en la prosa. La oscuridad ha sido en mi vida un fantasma. Sólo en la claridad vivo tranquilo.

Por esto, en vez de ciertas publicaciones pesadas y enredadas, pienso en hechos y dichos de la gente notable que conocí en mi niñez y juventud.

—Qué cara de divertirse por dentro tiene usted hoy, —me dijo un amigo al entrar en el café.

—Es que me estaba acordando de un malagueño antiguo, de fines del siglo pasado. Creo que se llamaba Miró, pero no estoy seguro. Andaba enamorado, y la mamá de la joven no le quería. ¿Sabe usted cómo reaccionaba él ante la oposición? Enrabiando a la vieja con payasadas como esta de asistir al teatro más serio de Málaga con una barba de distinto color cada noche. Hoy colorada, mañana amarilla, y en las noches sucesivas azul, verde o blanca.

Otra de las bromas que le gastaba a la imposible suegra consistía en transportar de noche un piano de cola a la placita donde la señora y la hija vivían y, allí, ante el asombro y la risa del público, tocar alguna sonata romántica. Humorismo fin de siglo.